



Arriba, Picasso en su barrera. En la foto de la derecha, se le ve con un viejo amigo suyo: el hijo mayor de Luis Miguel Dominguín. Detrás de ambos (sin gafas), la

EL CORDOBES ANTE PICASSO

El tiempo no impidió la celebración de la corrida de Prejus. Y el día anunciado en los carteles —cielo despejado y sol a todo trapo—, la plaza se llenó —como dicen los taurinos— hasta la bandera: 12.000 espectadores para ver en qué consistía ese fenómeno llamado El Cordobés.

La plaza de Prejus carece de cimientos, lo que quiere decir que se monta o se desmonta según haya necesidad. Las estructuras metálicas van para esto que ni pintadas. La barandilla de las localidades de barrera, se forman con ellas. Y en una barrera, junto a su mujer, Jacqueline Roque, se encontraba el mejor estador de la fiesta de toros que quizá haya en Francia, don Pablo Ruiz Picasso, malagueño él, con ochenta y cuatro años de juventud militante a las espaldas. Don Pablo se tocaba con sombrero de palma, lo que le prestaba cierto aspecto de guajiro. De vez en vez, y cuando la faena del diestro en el ruedo exaltaba sus nervios, don Pablo sacaba un cigarrillo, lo encendía y chupaba de él con frenesí, apurándolo en menos que tarda una verónica en deshacerse.

Don Pablo, con la edad, se ha puesto enjuto y ha menguado en estatura. Es en lo único que podía menguar porque en lo demás —arte y juventud— sigue gigante como siempre. Despechugado, con las mangas de la guayabera subidas y el pantalón desajustado, era la estampa viva de uno de esos mozos que corren los «sanfermines». Quizá también, tenía la facha del «espontáneo» que espera la oportunidad de arrojar al ruedo. Si no llegó a arrojar —él que tantas veces se arrojó para coger el toro del arte por los cuernos—, fue por no enmendarle la plana a Manuel Benítez que, dicho sea de paso, no le gustó,





mujer del pintor, Jacqueline Roque. Abajo, a la izquierda, el realizador cinematográfico Henri Georges Clouzot, y a la derecha, El Cordobés en funciones.

o porque, como estaba de presidente de la lidia, estimó que no era aquél su papel.

Como compañero más cercano, don Pablo tuvo otro buen aficionado: el hijo de Luis Miguel Dominguín, al que no cesó de aconsejar a lo largo de la corrida sobre las distintas suertes y faenas. El chico atendía con respeto las explicaciones de su amigo, en quien reconocía toda la autoridad. Don Pablo fue desmontando, para el joven Dominguín, los fallos de El Cordobés, sus atribuladas maneras, la ausencia de gracia en sus lances. Como a Picasso, al «respetable» tampoco gustó la actuación de Manuel Benítez y al terminar la corrida, el público se volvió hacia la presidencia y los aplausos que le había negado al torero, los ofreció al pintor. Fue una ovación de las de orejas, rabo y vuelta al ruedo.

Hay que conceder un espacio a la chismografía. Y este capítulo lo cubrió la presencia en la plaza de Françoise Gillet, que ahora se ha largado con un libro en el que maltrata al maestro. Don Pablo ha pedido judicialmente la retirada de la edición. En la plaza, Françoise ignoró la presencia de Picasso, pero —a la recíproca— éste hizo lo mismo respecto a ella. Otra presencia en la plaza: la del realizador cinematográfico Henri Georges Clouzot, que dedicó al pintor, hace algunos años, un film extraordinario: «El misterio Picasso». Clouzot también es aficionado a los toros, al contrario de lo que le sucede a Brigitte Bardot, a quien invitaron los organizadores a asistir al festejo. «¿Ir a semejante carnicería? —respondió— ¡Jamás!». Bueno; allá ella.

(Reportaje gráfico de DALMAS y RADIAL PRESS)

